

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

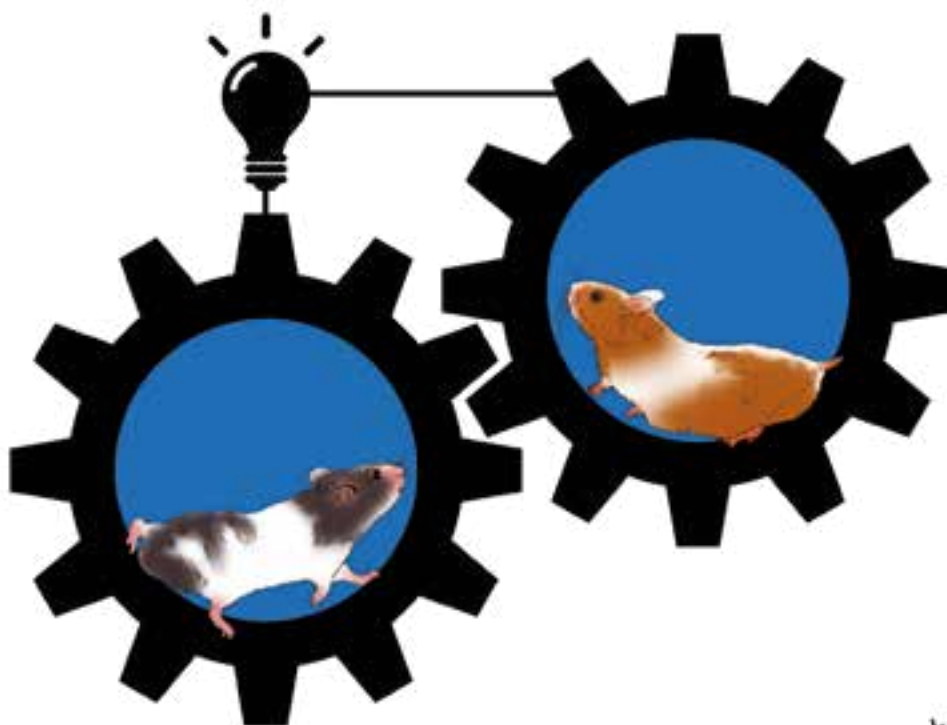
Caminar juntos



**Nathalie Becquart:
«Una Iglesia sinodal
es una Iglesia de la
escucha de todos,
en particular
de los jóvenes,
las mujeres y
los más pobres»**

Número 24
Marzo-abril de 2022
5,00 €





Sumario:



4
12



6
13



8
14



9
15



11
16



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153
Liturgia, pastoral, vida cristiana

Año 5. Número 24
marzo-abril 2022

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2021/2022:

En papel: 29,26 €

Online: 20,50 €

Precio de este ejemplar:

5,00 €

Dirección:

Quiteria Guirao Abellán
qguirao@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez
Maria Guarch
Dani López
M. Àngels Termes
Joan Torra

Consejo asesor:

Natàlia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Carme Munté
Juan Carlos Pérez
Marta Pons

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231
08007 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

Lorenzo Moscia

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



UN HORIZONTE NUEVO

Parece ser que estamos descubriendo la sinodalidad en la Iglesia católica gracias al papa Francisco. Llevamos unos años intensos donde los cristianos y cristianas hemos sido llamados de manera sectorial a discernir y dialogar sobre: familia; jóvenes y vocación; Amazonía, evangelización y ecología. En cada uno de estos Sínodos de los Obispos la Iglesia ha querido dar respuestas innovadoras guiadas por el Espíritu Santo.

Nos convoca de nuevo, pero esta vez es una llamada a la participación de todas y todos los bautizados, nos encontramos delante de un horizonte nuevo para nuestra generación de creyentes. Lo más parecido a esta convocatoria sinodal lo podemos tener en vivencias de sínodos diocesanos.

Las personas que tenemos experiencias participativas sabemos que los procesos, el calendario bien diseñado, las convocatorias en tiempo y forma, las estructuras transparentes dan credibilidad a lo que se pretende hacer. Me atrevo a afirmar que estamos delante de un reto al que han puesto los mimbres necesarios para empezar a trenzar y sentirnos, las y los bautizados, sujetos de la Iglesia.

Todavía estamos en la fase diocesana del sínodo. Somos centenares de cristianos de base que nos hemos movilizado para construir, nosotros también, una Iglesia de la escucha, una Iglesia de la proximidad.

No podemos terminar esta breve editorial sin pedir por el fin de la guerra en Ucrania. Para que prevalezcan la justicia y la paz, para poder vivir con concordia y bienestar.

QUITERIA GUIRAO
qguirao@cpl.es



Un camino sinodal con los niños y las niñas

El juego de mesa para recoger
la voz de los niños y las niñas
en el proceso sinodal,
especialmente de 10 a 12 años.



Puedes descargar el tablero (<https://bit.ly/3tNiTu0>)
y el material complementario (<https://bit.ly/3CFEwQR>)
para jugar.

(Preparado por un equipo de la diócesis de Palencia, al cual le
agradecemos su trabajo)

LA IGLESIA ES SINODAL

JAUME FONTBONA MISSÉ

Desde que en la sede de Pedro y Pablo se ha sentado el papa Francisco se habla de la sinodalidad de la Iglesia. Antes solo se hablaba de ella en el ámbito ecuménico, ahora también en la Iglesia católica romana. Y se habla de este concepto porque se quiere avanzar en la renovación de la Iglesia. La Iglesia es *sinodal*. ¿Por qué? Pues porque estamos orientados sacramentalmente a caminar juntos el camino de Jesús hacia el Padre. Y el Espíritu, con su fuerza y su amor, nos encamina a Él.

La institución de la Iglesia hace visible «la comunión del Espíritu» (2 Corintios 13,13). El Espíritu Santo da el ministerio de comunión como un don al servicio de la comunión y de la unidad en la fe del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Y porque el Espíritu es el hilo que posibilita el tejido de la comunión eclesial, con la trama del ministerio de la comunión y la urdimbre de los distintos carismas y servicios suscitados en el seno del Pueblo santo y fiel de Dios, entonces la institución eclesial hace visible su acción en la Iglesia y, por ella, en nuestra casa común, para que resplandezca la fraternidad y la armonía que Dios quiere.

Las estructuras sinodales

La simbiosis entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles se expresa en las estructuras sinodales de la Iglesia, necesitadas de actualización y reactivación. En el ámbito de una Iglesia local, tenemos como estructuras sinodales: el Sínodo diocesano (que agrupa a toda la Iglesia local), el Consejo pastoral (concretado en un triple ámbito: diocesano, arciprestal y parroquial) y, de una manera original, la Acción Católica.

Estas estructuras sinodales, pues, hacen interactuar el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, respetando siempre los carismas mutuos, y escuchándose y tomando como propias las experiencias y preocupaciones del otro. Se trata de facilitar, en todos los ámbitos (fe, sacramentos y gobierno), este instinto de pensar con la Iglesia, compartiendo una fe común y un mismo propósito, que une todo el Pueblo de Dios y que reaviva la igualdad radical (de raíz sacramental) de todas las personas bautizadas. Tenemos que aprender juntos, laicado y ministerio ordenado, a escuchar lo que dice el Espíritu Santo (*Apocalipsis* 2-3) a nuestras Iglesias locales.

El ministerio ordenado no puede menospreciar el papel del laicado sin sofocar al Espíritu que toda persona bautizada ha recibido; pero también es necesario que el laicado acepte como un don del mismo Espíritu el servicio a la comunión y la unidad en la fe de quienes han recibido el sacramento de la ordenación.

La sinodalidad brota de la comunión

Y el espacio por excelencia donde llevar a cabo, como comunidad sacerdotal, una experiencia sinodal es en la Eucaristía. En primer lugar, porque la sinodalidad es la manera de vivir la comunión con Dios, con los pobres y entre nosotros; en otras palabras: la sinodalidad brota de la comunión, y la Eucaristía es el sacramento por excelencia de la comunión.

En segundo lugar, porque la misma celebración lo manifiesta, puesto que –como un solo cuerpo– celebramos unidos con Cristo, por Él y en Él en la comunión del Espíritu Santo.

Y, en tercer lugar, porque la misma plegaria eucarística lo manifiesta. Fijémonos bien: estamos celebrando lo que Jesús celebró en la Última Cena: tomó el pan y el cáliz (cuando quien preside coloca sobre el altar el pan y el cáliz con vino y agua), dando gracias (es la plegaria eucarística: en el diálogo inicial notamos que «es justo y necesario» el hecho «de dar gracias al Señor», nuestro Dios), partió el pan (es la fracción del pan) y lo dio (es la comunión). El pan partido es el Cuerpo de Cristo y el cáliz compartido es la Sangre de Cristo que manifiestan la entrega por amor de Jesús (los amó hasta el extremo: *Juan* 13,1), la comunión que se establece entre los participantes (la alianza entre Dios y la humanidad: *Marcos* 14,24) y la anticipación del banquete del Reino (hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino: *Marcos* 14,25). Y unidos a Cristo en la comunión del Espíritu, ofrecemos y nos ofrecemos, celebramos juntos el caminar juntos hacia el Reino, es decir, hacer la voluntad del Padre. Así, la comunidad sacerdotal presente estamos de pie ante el trono de Dios y del Cordero (*Apocalipsis* 22,1), iguales en dignidad, por iniciativa de Dios y no por nuestros méritos o ministerios y oficios. Y estamos ahí para hacer su voluntad (*Hebreos* 10,9) que no es otra que caminar juntos y, así, hacer presente la comunión con Dios y con los pobres y entre nosotros en nuestra casa común.

Hacemos experiencia sinodal «dando gracias»

¿Y cómo lo hacemos? Por medio de la plegaria eucarística. Un ejemplo: la plegaria eucarística segunda, que consta de dos acciones de gracias y una súplica. Entre las dos acciones de gracias hay un *Sanctus*, la invocación al Espíritu, que santifica la ofrenda del pan y el vino, el relato institucional y el memorial. La primera acción de gracias la llamamos prefacio y agradecemos a Dios por su acción en la historia de la humanidad, especialmente en la creación y la redención. En la segunda acción de gracias, en cambio, agradecemos a Dios por lo que está haciendo en este momento de nuestra historia personal: nos transforma para hacernos dignos de participar en la ofrenda, que consiste en hacer su voluntad, del mismo modo que Jesucristo (*Hebreos 10,9*). Esta segunda acción de gracias sigue con una súplica al Espíritu

para que transforme la asamblea, y concluye con las intercesiones que nos adentran en la comunión de los santos. ¿Pero qué dice esta breve acción de gracias? «Te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia». El sujeto de la acción de gracias es la asamblea, toda la comunidad sacerdotal. En este momento queda patente el ejercicio del sacerdocio común bautismal con el sacerdocio ministerial: eso es sinodalidad, caminar juntos el sacerdocio bautismal con el sacerdocio ministerial gracias a la acción del Espíritu Santo. Estamos de pie ante la presencia del Señor y le estamos sirviendo. Y es la acción gratuita de Dios Padre la que nos hace dignos de estar de pie delante de Él. Así pues, hacemos una experiencia sinodal única, porque estamos juntos ante Dios Padre sirviéndolo, acompañados de su Hijo y en la comunión del Espíritu Santo.

«... Y ERA MUY BUENO»

Fotografía: Detalle de la portada

MONTSERRAT CLAVERAS PÉREZ



En mi experiencia como profesora de religión y catequista he utilizado los juegos de mesa para que ayuden en el desarrollo del alumnado aportándoles muchos beneficios: el crecimiento de sus capacidades mentales, el aumento de la concentración, la memoria, la observación y la imaginación.

También son juegos que requieren muy poca preparación (un tablero, unas fichas, unos dados y una mesa) y pide, en cambio, por parte de los participantes: el uso de la razón, el uso de la estrategia, la coordinación, la destreza, etc. El juego tiene un primer objetivo lúdico y un segundo que es aprender. Además, se aprende a respetar unas normas, fomentar el trabajo en grupo o impulsar la toma de decisiones. Cabe señalar que lo importante es divertirse y aprender.

El juego *Es bueno de verdad* (cf. *Génesis 1,31*) surge de la lectura de la carta encíclica *Laudato si'* del papa

Francisco, sobre el cuidado de la casa de todos, a saber, el planeta Tierra. Es un lote con dos juegos. Uno, es un libro de actividades sobre la Creación con diferentes tareas que quieren fomentar la creatividad, la imaginación, la concentración, la atención, etc., del niño y de la niña. Además de mostrarles qué es la creación y su secuencia, pretende, sobre todo, descubrirles que *Dios creó el mundo por Amor*.

El juego versa sobre la Eucaristía. Consiste en un tablero cuyo recorrido pasa por las diversas partes de la misa de modo que, cuando llegan a la casilla final, los participantes han aprendido los cuatro ritos que la conforman: iniciales, liturgia de la Palabra, liturgia de la Eucaristía y ritos conclusivos. Tiene como finalidad que los niños y las niñas se preparen bien para celebrar este sacramento.

NATHALIE BECQUART: POR UNA IGLESIA SINODAL E INCLUSIVA

BERNAT FOLCRÀ, *corresponsal de Catalunya Cristiana en Roma*

Nathalie Becquart, hermana javeriana, cuenta que dos momentos la han marcado profundamente. En primer lugar, el año que pasó en Beirut (Líbano), de 1992 a 1993, justo después de la guerra civil. Enseñó en un colegio, trabajó con los refugiados y los niños huérfanos: «Esos años difíciles posteriores a la guerra me marcaron e hicieron que descubriera mi vocación a la vida religiosa, tomando conciencia de la diversidad que existía en ese país, con la presencia de los musulmanes y de la Iglesia».

En segundo lugar, ya en su camino de responsabilidad eclesial, una experiencia que la transformó fue la preparación del Sínodo de los Jóvenes, en marzo de 2018: «Esto me condujo a querer especializarme en Eclesiología y hacer una investigación sobre la sinodalidad. Haciendo esto he recibido la llamada del papa Francisco para ser consultora del Sínodo de los Obispos y, enseguida, subsecretaria: es la llamada de la Iglesia que nos convoca y está en consonancia con mi vocación».



¿Cómo podemos los hombres aprender de las mujeres a crecer en una ética del cuidado?

Lo más bello que Dios ha creado es habernos hecho hombre y mujer. Ahí hay una diferencia que, para mí, es del orden del misterio, donde lo más importante en la relación hombre-mujer es la igualdad, el respeto y, sobre todo, la reciprocidad. Las mujeres se vuelven más mujeres en la relación con los hombres y los hombres se vuelven más hombres en la relación con las mujeres. Es peligroso atribuir el cuidado solo a las mujeres. Sería como limitar el cuidado solo al ámbito de las mujeres. También hay hombres con una gran preocupación por cuidar a los demás. En la pastoral de la Iglesia es mucho más fructífero para la misión trabajar juntos hombres y mujeres, compartiendo

nuestras miradas, porque uno no tiene siempre la misma mirada. Se ha hablado mucho en los últimos sínodos de implicar más a las mujeres en los procesos de decisión, de responsabilidad. En la economía y en la política es frecuente buscar a las mujeres en situación de crisis, pero no habría que buscarlas solo cuando hay crisis, sino tender a la alteridad, fundamental en la sociedad y en la Iglesia, y que la experimentemos con personas de otra religión. La apuesta es la antropología de la alteridad, donde uno no existe sin el otro; salir de una visión de competición, donde unos dominan a otros, para entrar en una visión de colaboración, de relación, de reciprocidad en nuestra misión común. Las mujeres representan la mitad de la humanidad, no es posible

no escucharlas. El desafío no es solo que haya mujeres en la curia romana, sino en todas las iglesias y en todos los lugares.

¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en la sinodalidad de la Iglesia?

Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, de la escucha de todos, en particular de la escucha de los jóvenes, de las mujeres y de los más pobres. En tiempo de pandemia, las primeras víctimas de la crisis económica, del paro, de las dificultades, son los jóvenes y, entre ellos, las mujeres. La Iglesia sinodal va con esta escucha de todos, que es y debe ser una escucha del Espíritu Santo. El desafío de la sinodalidad es discernir y responder a las llamadas que hace el Espíritu Santo a la Iglesia para servir al mundo. Una Iglesia sinodal es

una Iglesia que discierne, abierta a la sorpresa, a la novedad del Espíritu Santo, que siempre nos lleva hacia un nuevo Pentecostés, como con el Concilio Vaticano II. El Espíritu Santo inspira a la Iglesia siempre con una combinación de novedad y de fidelidad. La Iglesia está lista para cambiar, pero con fidelidad al depósito de la fe, del origen, teniendo en cuenta la realidad. No el ideal o el sueño, porque el Espíritu Santo nos conduce siempre de una manera muy encarnada, tomando en consideración la realidad.

Los Sínodos de los Jóvenes y de la Amazonia, ¿qué elementos ofrecen para iluminar la crisis de la Covid-19 y construir un futuro mejor?

Hemos tomado más conciencia de la interdependencia de todos los seres humanos, de todos los países, del llamamiento más grande a la solidaridad. La reflexión conjunta de *Laudato si'* y *Fratelli tutti* arrojan luz en esta interdependencia y la crisis del Covid revela aún más las ilegalidades. El grito de la Amazonia resuena aún más fuerte hoy. Al mismo tiempo, son dos sínodos que han puesto el acento sobre la inculturación. No podemos ayudar a los jóvenes sin marchar con ellos y sin comprender su cultura, y es lo mismo para la Amazonia. Los retos de la Iglesia sinodal y los de nuestro mundo, abordados por *Fratelli tutti*, son cómo articular al mismo tiempo un mundo globalizado, interdependiente, con el respeto y la expresión de las culturas locales diferenciadas. Esto va con la reforma del papa Francisco de ir hacia una forma mayor de inculturación, de descentralización y de encontrar una manera de estar unido en

la diversidad que no sea uniformidad.

Un reto enorme...

Esto toca la cuestión clave para la Iglesia: cómo estar en comunión dentro de realidades locales y de diferentes expresiones de vivir la fe. Y es también la cuestión clave en la sociedad: cómo vivir juntos en las diferencias. En cierto modo, el conflicto en Oriente Próximo y en Tierra Santa es la matriz, la expresión de todos los conflictos de nuestro mundo, porque allí hay una gran densidad de diferencias, con la presencia de diferentes religiones. Hay una concentración de dificultades y de caminos posibles para vivir. No hay otro camino que el de buscar vivir juntos. La Iglesia siempre es una comunión misionera: lo que es misionera es la comunión. El compromiso para que la Iglesia sirva a este camino de diálogo, de paz, de reconciliación del mundo, es que ella misma viva este diálogo entre las diferentes sensibilidades, entre las diferentes Iglesias según la cultura.

Otro punto clave del Sínodo de los Jóvenes es la intergeneración, cómo vivir juntos los jóvenes y los más ancianos. El Papa, cada vez que habla de los jóvenes, siempre habla de los ancianos. Para mí, lo intergeneracional es del mismo orden de lo intercultural. Se trata de avanzar juntos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, laicos y sacerdotes, religiosos y religiosas. La Iglesia siempre debe vivir en reciprocidad con el mundo.

¿Cuál sería una espiritualidad de la sinodalidad?

La espiritualidad de la sinodalidad es uno de los elementos de la espiritualidad de la reconciliación.

Está la experiencia de Ruanda, que en el año 2000 celebró un sínodo sobre la reconciliación y por la reconciliación tras un genocidio que fue el horror total. Se ha hecho un camino en el que la Iglesia ha contribuido. Cualquiera que sea el conflicto, el Espíritu Santo puede abrir caminos para ser artesanos de paz, conociendo a los actores de paz y hablando con ellos.

¿Qué sueña para el próximo Sínodo?

Yo he vivido la Iglesia como un sueño, por todas las satisfacciones que he experimentado con el Sínodo de los Jóvenes y en el Sínodo de la Amazonia, experiencias de gran fraternidad, de gran alegría. Mi sueño es que esta Iglesia sinodal sea siempre una Iglesia inclusiva, donde todos sean actores; que lo que se vive en el Sínodo se viva también en todo el mundo a todos los niveles. El sueño para el próximo Sínodo es que la Iglesia continúe avanzando en la puesta en marcha muy concreta de esta sinodalidad, permitiendo la experiencia de la escucha mutua, del discernir juntos en este espíritu de fraternidad, de igualdad. El tema del próximo Sínodo será *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión*. Seas joven o viejo, sabio o iletrado, rico o pobre, todos podemos vivir con la fe de que el Espíritu Santo habla a través de cada uno, no solo a través de quien tiene una gran responsabilidad. El reto es vivir una gran proximidad y escucha entre los pastores y los discípulos misioneros, los bautizados.

<https://www.synod.va>

¿POR QUÉ UN SÍNODO?

DANIEL PALAU VALERO



Collage sobre sinodalidad

Complicaré un poco más la cuestión inicial, quizá así pondremos más luz: ¿Por qué un sínodo sobre sinodalidad? La Iglesia es toda ella sinodal, desde siempre. Jesús era el que encabezaba el grupo de los apóstoles, de pueblo en pueblo, y a su alrededor se sumaban varios grupos, los más afines, los más contrarios y los más expectantes, todos con ritmos y sensibilidades diversas. La Iglesia primitiva se configuró a partir del discernimiento, sin caer en idealismos porque las tensiones humanas siempre han existido, deseando responder con coherencia el gran mandamiento de Jesús, *que os améis siempre los unos a los otros, que os perdonéis, escuchaos, confiad en Dios en todo momento*. También la Iglesia de época medieval había entendido que lo que afectaba a todos debía ser tratado y decidido por todos. Pero, también es cierto que, lentamente, esta práctica cayó en desuso, especialmente en la Iglesia situada en Occidente, por muchos motivos.

27 asambleas sinodales

La práctica sinodal era reclamada desde varias instancias, sin llegar a una situación de recuperación. Sin embargo, en el año 1965, poco antes de terminar el Concilio Vaticano II, Pablo VI da forma a la reciente estructura sinodal, para ayudar al gobierno y misión universal del papado. Desde entonces hasta ahora se han celebrado 27 asambleas sinodales, que han tratado temas diversos.

La novedad que encontramos en esta reciente propuesta que ha hecho el papa Francisco es que ha deseado repensar y reencontrar verdaderamente el

nivel de sinodalidad de la misma Iglesia, pidiendo que sean todos los bautizados, y no solo unos expertos como sucedía hasta el momento, quienes hagan este camino de discernimiento, de escucha, de comprensión de lo que Dios quiere de nosotros en este momento de la historia. Y, por tanto, hasta qué punto la Iglesia, y sus estructuras eclesiales (parroquias, diócesis, conferencias episcopales) son verdaderamente sinodales.

Escuchar con fidelidad al Espíritu

Este ponernos en camino es exigente porque necesita la humildad de escuchar con fidelidad al Espíritu y escucharnos como hermanos unos a otros. Nos encontramos ante la urgencia de recuperar el discernimiento eclesial, para poder ser la Iglesia que Dios quiere que seamos. Atención a no confundir la sinodalidad con un parlamentarismo democrático, ni con ninguna forma camuflada de autocracia. No buscamos minorías ni mayorías, sino la voluntad de Dios.

Además, el sínodo revitalizará la relación del obispo con su pueblo, cuestión de vital importancia para todas las Iglesias locales, factor que desembocará en un verdadero crecimiento de la participación, la comunión y la misión. El sínodo, pues, no es un ejercicio para cerrarnos en nuestras estructuras, y hacerlas más armoniosas, sino para descubrir la llamada de Dios a caminar con los que no creen o simplemente tienen convicciones distintas y, sobre todo, con aquellos que están más alejados, los de las periferias contemporáneas.

CANTA Y CAMINA

JOAN BABURÉS I NOGUER

Fotografía: Cathopic



¿Quién no ha subido a cimas y montañas cantando?
¿Quién no ha vibrado con esas letras ingenuas,
marcando el paso al unísono? ¿Quién no se ha sentido
empujado a llegar a la cima, a pesar del cansancio y el
sudor? ¡Sí, esta es la virtud del canto y el empuje que
sentimos cuando cantamos y caminamos juntos!

Esta experiencia de los excursionistas es la misma
que la de los peregrinos. Los israelitas, cuando subían
al templo de Jerusalén, sentían el gozo de llegar a la
casa del Señor (cf. *Salmo 121*). Y nosotros, cristianos
del siglo XXI, aunque estemos más acostumbrados a
rodearnos de música grabada, disfrutamos el doble
cuando somos nosotros quienes entonamos un
himno conocido.

Invitación a cantar

Esta es la experiencia que nos propone la Iglesia
cuando en la liturgia nos invita a cantar. Y bajo
ningún concepto podemos hacer ni tener la misma
actitud que ya queda recriminada en el evangelio por
el mismo Jesús: «Se asemejan a unos niños, sentados
en la plaza, que gritan a otros aquello de: “Hemos
tocamos la flauta y no habéis bailado, hemos
entonado lamentaciones y no habéis llorado”» (*Lucas*
7,32).

En este año de trabajo sinodal, es bueno que nos
fijemos en este aspecto. La actitud que el Sínodo
propone intensificar es la de caminar juntos. ¡Y qué
mejor para caminar juntos, como siempre hemos
hecho, que cantar juntos también!

En el documento que encabeza el Misal, la
Ordenación General del Misal Romano (OGMR),
y que recoge las normas e instrucciones para la

celebración cristiana, encontramos que la finalidad
del canto de entrada de la misa, entre otras funciones,
sirve para «fomentar la unión de quienes se han
reunido e introducirles en el misterio del tiempo
litúrgico o de la fiesta y acompañar la procesión de
sacerdotes y ministros» (OGMR núm. 47).

Es muy cierto que el canto potencia la unión de
aquellos que entonan juntos la misma melodía y
verbalizan a la vez la misma letra. Y no solo fomenta
la unión, sino que les va imbuyendo esa fe que el texto
proclama. Por eso es tan importante que los textos
de nuestros cantos litúrgicos beban de las fuentes de
la Escritura, de la misma liturgia y de la tradición
cristiana. De entre estos textos, el libro de los Salmos,
que ya usó Jesús de Nazaret, así como las primeras
comunidades, ha gozado siempre de privilegio en las
colectividades cristianas.

San Agustín, el gran padre de la Iglesia, explica que
se sintió profundamente «tocado» al escuchar los
himnos que san Ambrosio, en Milán, hacía cantar a
sus fieles (cf. *Libro de las Confesiones*). Y él mismo
afirma que «cantar es propio de quien ama» (*Sermón*
336, 1).

Permitidme acabar con un texto de san Agustín, que
puede ser perfectamente el resumen de esta breve
reflexión sinodal: «Canta como suelen cantar los
viandantes; canta, pero camina; alivia con el canto
tu trabajo, no ames la pereza: canta y camina. ¿Qué
significa “camina”? Avanza, avanza en el bien. Según
el apóstol, hay algunos que van a peor. Tú, si avanzas,
caminas; pero avanza en el bien, en la recta fe, en las
buenas obras: canta y camina» (*Sermón 256, 3*).

Liturgia para la paz

La celebración litúrgica es un espacio de expresión del anhelo y el deseo de paz. Según el Misal Romano, el saludo inicial a la comunidad sigue la siguiente fórmula (se cita una de las tres a elegir):

«La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre,
y de Jesucristo, el Señor,
estén con todos vosotros».

Y este rito inicial acaba de la siguiente manera:

«La paz, la caridad y la fe,
de parte de Dios Padre
y de Jesucristo, el Señor,
estén con todos vosotros».

O bien:

«El Dios de la esperanza,
que por la acción del Espíritu Santo
nos colma con su alegría y con su paz,
permanezca siempre con todos vosotros».

Las palabras de paz, recitadas en la liturgia, son acompañadas de la condena a la guerra: «Alimentados gratuitamente, Señor, con el pan único que conforta el corazón del hombre, concédenos superar felizmente la violencia de la guerra y observar fielmente tu ley de justicia y de amor. Por Jesucristo, nuestro Señor».

La necesaria actualización del lenguaje litúrgico en pro de la paz

El lenguaje utilizado en la liturgia –muchas veces insuficientemente actualizado– mantiene, sin embargo, algunas categorías ambiguas para referirse a la paz y la guerra, por ejemplo, en lo referente a las «plegarias contra los enemigos» o a la recitación de salmos o lecturas explícitamente de tiempo de guerra sin una contextualización adecuada. Esas fórmulas podrían reforzar principios hostiles en lugar de fomentar el entendimiento y generar espacios de conciliación.

El espacio litúrgico tiene fuerza configuradora de personas y sociedades. Por ello, se vuelve necesario ahondar en los aspectos posibilitadoras de comunidades profundamente conscientes de los sufrimientos e injusticias individuales y estructurales y, solo desde allí, posibilitadoras de paz.

CAMINAR CON Y PARA LOS EXCLUIDOS

MAR GALCERAN PEIRÓ

Fotografía: Cedita por Maria Guarch i Pareira



Es conocido por todos el preocupante e intenso crecimiento de las desigualdades y la exclusión social. El actual contexto migratorio, la devastación ecológica, la desocupación y la precariedad laboral, la salud mental, etc., es la puerta de entrada para la cultura del descarte y la indiferencia de la que habla el papa Francisco.

Los cristianos no podemos quedarnos impasibles ante esta realidad. Nuestra experiencia sinodal nos exige un caminar universal e integrador en el que toda persona, y en especial las más necesitadas, reciba un cuidado y una atención especial. Un caminar en el que puedan experimentar la realidad de Dios, su amor, su ternura, su compañía, su misericordia, su bondad, su calor, su mirada compasiva, su paz... Y ningún cristiano puede huir de esta exigencia. Una exigencia que es para ser vivida con radicalidad a diario.

Como dice el papa Francisco, «nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Esta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. [...] Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social: “La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son queridos a todos”» (*Evangelii gaudium* núm. 201).

El rostro de Dios

Caminar con y para los que están en los márgenes de la sociedad implica comprometerse en su acogida y plena integración. Y este caminar juntos supone, primero de todo, ver en el otro, y especialmente en los más necesitados y excluidos, el rostro de Dios. Implica una mirada confiada en la profundidad de la persona, no en el envoltorio o lo que aparenta, sino en su núcleo divino, en su fondo de posibilidad, en su humanidad, que es idéntica a la nuestra. Si supiéramos mirar a cualquier persona desde su posibilidad –no desde su carencia– seríamos capaces de avanzar y construir conjuntamente muchas cosas.

También supondrá reconocerlos como a personas de pleno derecho, con capacidad de autonomía y de decisión, y trabajar unidos para que estos mismos derechos y autonomía puedan ser plenamente ejercidos.

Se trata de un caminar juntos que supone ir tejiendo complicidades, conocimiento mutuo, desde la escucha atenta y el diálogo. Un caminar que también pasa por el compromiso de buscar todos los recursos necesarios que permitan asegurar «proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar» (*Laudato si'* núm. 67) la vida y las necesidades de los más vulnerables.

ACOMPañAR EL PASO

MARÍA JOSÉ GARCÍA CABRERA

La sinodalidad es un aspecto inherente al camino creyente; la experiencia personal de encuentro con Cristo, el recuerdo de su camino con los discípulos de Emaús, el testimonio fervoroso de los que seguían desconcertados evoca un caminar juntos, manifiesta o experiencialmente.

La catequesis supone, asimismo, un encuentro entre catequizandos y catequistas y el encuentro, por excelencia, entre todos ellos y Jesús, Dios hecho Hombre.

En el panorama eclesial y social surge una necesidad que cuesta acompañar con la realidad vital: son numerosas las personas, de diferentes edades, que tienen sed de conocer y seguir de cerca a Cristo, sin una experiencia previa de vida sacramental ni de inserción eclesial. Este misterio que se desvela en el corazón humano encuentra una respuesta válida y necesaria en el catecumenado.

Camino experiencial

¿Cómo entender entonces esta situación? Sencillamente, más allá de la transmisión de unos contenidos doctrinales, de una exposición reflejando la Buena Noticia, se precisa un camino con otros (obispo, responsables del catecumenado, sacerdotes, comunidad) y más allá del conocimiento se necesita un camino experiencial, personal.

El *Directorio para la catequesis* (2020) manifiesta en su punto 62: «Con referencia a los sujetos, podemos hablar de tres propuestas catecumenales: un catecumenado en sentido estricto para los no bautizados, sean niños en edad escolar y adolescentes, o jóvenes y adultos; un catecumenado en sentido analógico para los bautizados que no han completado los sacramentos de la iniciación cristiana; una catequesis de inspiración catecumenal para aquellos que han recibido los sacramentos de iniciación cristiana, pero aún no están suficientemente evangelizados o catequizados, o para aquellos que desean reanudar el camino de la fe».

Al acercarnos al *Ritual de iniciación cristiana* comprobamos esa distribución verificada en un itinerario litúrgico-catequético y espiritual dividido en etapas y en tiempos: anuncio misionero y precatecumenado; tiempo del catecumenado; tiempo de la purificación y de la iluminación; y tiempo de la *mistagogía*.

El mismo documento recoge, entre los componentes fundamentales, cómo el hombre acoge lo que es iniciativa de Dios, y cómo la Iglesia y la comunidad son mediación hasta la experiencia en ámbitos litúrgico, catequético y espiritual para culminar en la vida sacramental.

Un reto y un arte

Supone, por tanto, un camino con otros, tanto para el ser humano que busca y se plantea conocer a Dios, cuanto para quienes, en la comunidad creyente, desde los distintos carismas, ya transitan sendas de vida y experiencia eclesial, sacramental, litúrgica.

En búsqueda o en proceso de inserción, ninguno de esos pasos es exclusivo en soledad, sí dependen de la libertad y de la madurez del catecúmeno, pero llevan de la mano el acompañamiento. Aquí está el ejercicio clave de la expresión sinodal en la Iglesia. Caminamos con otros, y el reto es caminar sin perder la meta, pero acompañando el paso a la experiencia de quien se adentra en esta amistad con Cristo Jesús.

Ir al ritmo de quien se inicia, respetando los tiempos, es un reto y un arte.



Fotografía: Cedida por Maria Guarch i Parera

«HAY DIVERSIDAD DE CARISMAS, PERO UN MISMO ESPÍRITU»

«Hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Corintios 12,5-7). El misterio de la Iglesia nace con la venida del Espíritu Santo cuando estaban todos juntos en Jerusalén (cf. Hechos 2,1).

Y, tal como señala el mismo capítulo:

«Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común ...

Partían el pan en las casas y tomaban el alimento ...

Alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo».

Es interesante darse cuenta de que la característica de la comunidad, lo que los distingue del resto del pueblo,

es la unión, al servicio de todos, la celebración de la Eucaristía y la alabanza a Dios.

Y este *modus vivendi* es constitutivo de la semilla del Reino:

«Y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando» (Hechos 2,42-47).

El Espíritu nos da a cada uno un don, porque, como dice san Pablo:

«El mismo y único Espíritu obra todo esto,

repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Corintios 12,11).

Todos somos miembros del cuerpo de Cristo y todos tenemos una función (cf. 1 Corintios 12,12-31).

... Esto es sinodalidad.

Señor, te doy gracias por poder contarme entre los miembros de la Iglesia, no por mis pobres méritos, sino por tu inmensa gracia.

Hazme consciente de los dones que tu Espíritu me ha concedido

para el servicio de mis hermanos, especialmente a los que más lo necesitan.

Haz que celebre lleno de alegría, en medio de la asamblea, el memorial de tu recuerdo.

Que el don que te ha complacido darme sea edificante dentro de la comunidad,

y que mi testimonio pueda guiar a unos y a otros hacia ti.

Haz también que la gran comunidad cristiana sea luz entre las naciones,

para que el mundo pueda decir: «Mirad cómo se aman» (Tertuliano).

«De modo que el mundo sepa que tú me has enviado

y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Juan 17,23).

Amén.

¡SANTA PASCUA!

NATÀLIA ALDANA



Fotografía: Obra de María de Faykod, escultora

Tenemos ante nosotros los días más importantes y centrales del año litúrgico: el Triduo Pascual. Son días en los que celebramos el misterio principal de nuestra fe: la muerte y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Como puerta de entrada a este misterio hallamos el Domingo de Ramos, cuando también nosotros salimos a recibir a Jesús que llega a Jerusalén. Lo hacemos con gritos de alegría y entusiasmo aunque después, en el relato de la Pasión, oigamos al pueblo pedir su crucifixión.

En el Jueves Santo vemos a Jesús arrodillándose ante los pies de todos, como servidor, haciéndose pan partido y repartido, alimento eterno para la Iglesia de todos los tiempos. Y lo acompañamos en su agonía en el huerto, también en el proceso que le condenará a muerte, yendo al Gólgota mientras carga con el peso de los pecados de la humanidad hasta que, clavado en el árbol de la cruz, entregó su Espíritu al Padre. Le acompañamos –en silencio y con dolor– mientras su cuerpo reposa inerte en el sepulcro.

En la gran vigilia de Pascua, vemos cómo la pequeña llama de un gran cirio ilumina la oscuridad, anunciando que la vida y el amor son más fuertes que el dolor y la muerte. Y la Palabra proclamada nos recuerda que también hoy Dios hace alianza con nosotros, que no nos deja, que Jesús vence a la

muerte. Así celebramos la vida nueva, una vida que se nos da en el bautismo y en los sacramentos de la iniciación cristiana, sacramentos que resonarán durante todo el Tiempo de Pascua. Sí. Porque esta fiesta es tan grande que no basta un día para celebrarla, necesitamos toda una octava, aún más: necesitamos una cincuentena de días para repetir continuamente «¡Aleluya, el Señor ha resucitado!».

Al final de este tiempo litúrgico encontramos dos grandes solemnidades. Una es la Ascensión del Señor. Jesucristo vuelve al Padre llevando con él a toda la humanidad redimida, introduciéndonos en una esperanza eterna, porque donde está la cabeza también está su cuerpo, que somos nosotros. La gran fiesta de Pentecostés cierra este tiempo pascual. Jesús vuelve al cielo pero no nos deja solos, no nos deja huérfanos: nos da su Espíritu que estará siempre con nosotros y nos hará presente la vida divina en cada momento de nuestra vida terrena.

Durante este tiempo de Pascua veremos, muchos días, que los ornamentos que visten los sacerdotes son de color blanco, recordando la luz y la vida nueva que nos ha dado la Resurrección de Jesús. También el cirio pascual nos acompañará en la iglesia, debidamente adornado, hasta el domingo de Pentecostés, como símbolo de la presencia del Resucitado entre nosotros.

Se puede acceder a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace: <https://bit.ly/3lqqQ08>





Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siw>

Domingo de Ramos, Triduo Pascual
Domingos de Pascua, ciclo C
 Del 10 abril al 5 de junio de 2022

	Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Cuaresma	Domingo de Ramos 10 de abril	No escondí el rostro ante los ultrajes <i>Isaías 50,4-7</i>	Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó <i>Filipenses 2,6-11</i>	Pasión de nuestro Señor Jesucristo <i>Lucas 22,14-23,56</i>
	Jueves Santo 14 abril	Prescripciones sobre la cena pascual <i>Éxodo 12,1-8.11-14</i>	Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor <i>1 Corintios 11,23-26</i>	Los amó hasta el extremo <i>Juan 13,1-15</i>
Triduo Pascual	Viernes Santo 15 abril	Él fue traspasado por nuestras rebeliones <i>Isaías 52,13-53,12</i>	Jesús se ha convertido en autor de salvación <i>Hebreos 4,14-16; 5,7-9</i>	Pasión de nuestro Señor Jesucristo <i>Juan 18,1-19,42</i>
	Vigilia Pascual 16 abril	1. Belleza y bondad de la creación. <i>Génesis 1,1-2,2</i> 2. El sacrificio de Abrahán. <i>Génesis 22,1-18</i> 3. El paso del mar Rojo. <i>Éxodo 14,15-15,1a</i> 4. Con amor eterno te quiere el Señor. <i>Isaías 54,5-14</i> 5. Venid a mí, y viviréis. <i>Isaías 55,1-11</i> 6. Caminad al resplandor del Señor. <i>Baruc 3,9-15.32-4,4</i> 7. Os daré un corazón nuevo. <i>Ezequiel 36,16-28</i>		Cristo, resucitado, ya no muere más <i>Romanos 6,3-11</i> ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? <i>Lucas 24,1-12</i>
Pascua	Domingo de Pascua 17 abril	Hemos comido y bebido con él después de su resurrección <i>Hechos 10,34a.37-43</i>	Buscad los bienes de arriba <i>Colosenses 3,1-4.</i> O: Barred la levadura vieja <i>1 Corintios 5,6b-8</i>	Él había de resucitar <i>Juan 20,1-9.</i> O: <i>Lucas 24,1-12.</i> O (vespertina): Quédate con nosotros <i>Lucas 24,13-35</i>
	Segundo domingo 24 abril	Crecía el número de los creyentes que se adherían al Señor <i>Hechos 5,12-16</i>	Estuve muerto y vivo por los siglos de los siglos <i>Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19</i>	A los ocho días, llegó Jesús <i>Juan 20,19-31</i>
	Tercer domingo 1 mayo	Testigos somos nosotros y el Espíritu <i>Hechos 5,27b-32.40b-41</i>	Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la riqueza <i>Apocalipsis 5,11-14</i>	Jesús se acerca, toma el pan y se lo da <i>Juan 21,1-19</i>
	Cuarto domingo 8 mayo	Sabed que nos dedicamos a los gentiles <i>Hechos 13,14.43-52</i>	El Cordero los conducirá hacia aguas vivas <i>Apocalipsis 7,9.14b-17</i>	Yo doy la vida eterna a mis ovejas <i>Juan 10,27-30</i>
	Quinto domingo 15 mayo	Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho <i>Hechos 14,21b-27</i>	Dios enjugará toda lágrima de sus ojos <i>Apocalipsis 21,1-5a</i>	Amaos unos a otros <i>Juan 13,31-33a.34-35</i>
	Sexto domingo 22 mayo	Hemos decidido no imponeros más cargas <i>Hechos 15,1-2.22-29</i>	Me mostró la ciudad del cielo <i>Apocalipsis 21,10-14.22-23</i>	El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho <i>Juan 14,23-29</i>
	Ascensión del Señor 29 mayo	Fue levantado al cielo <i>Hechos 1,1-11</i>	Lo sentó a su derecha en el cielo <i>Efesios 1,17-23</i>	Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo <i>Lucas 24,46-53</i>
	Domingo de Pentecostés 5 junio	Se llenaron todos de Espíritu Santo <i>Hechos 2,1-11</i>	Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu <i>1 Corintios 12,3b-7.12-13</i>	Como el Padre me ha enviado, os envío yo <i>Juan 20,19-23</i>

En el leccionario aparecen lecturas alternativas para la segunda de la Ascensión y la segunda y el evangelio de Pentecostés. Aquí solo indicamos la primera opción. Las lecturas de Cuaresma se encuentran en el número anterior de *Galilea.153*.

Iglesia sinodal, el sueño del papa Francisco

LUIS MARÍN DE SAN MARTÍN, *Subsecretario del Sínodo de los Obispos*

El proceso sinodal impulsado por el papa Francisco pertenece a la dimensión constitutiva de la Iglesia, en la que todos caminamos juntos. En efecto, la incorporación a Cristo por el bautismo nos implica en su obra salvífica, nos hace testigos de la Buena Noticia y nos impulsa hacia la plenitud (cf. *1 Corintios* 15,28). Pero nunca en el individualismo solitario, ya que la fe cristiana es vivencia de caridad, cuyo único mandamiento es el amor (cf. *Juan* 13,34-35), por el que pasamos del «yo» al «nosotros». Todos somos corresponsables porque la Iglesia es comunión. Caminamos juntos: *syn-odós*. Se trata, por tanto, de profundizar en la vivencia de la Iglesia, ser coherentes con nuestro bautismo y asumir el mandato evangelizador en este momento de la historia.

El significado de hacer sínodo lo encontramos en tres verbos a los que se refirió el papa Francisco en su homilía durante la misa de apertura del Sínodo: encontrar (encontrarnos con Cristo y entre nosotros), escuchar (desde el corazón y no solo con los oídos) y discernir (la voluntad de Dios, abiertos a la transformación profunda). Por eso nos advierte

contra tres peligros a superar: el formalismo, el intelectualismo y el inmovilismo.

El Sínodo es, ante todo, un evento del Espíritu Santo, no un sondeo de opiniones, ni un parlamento. El Papa es muy claro cuando insiste en que si no está el Espíritu presente, no habrá Sínodo. Por eso resulta esencial la dimensión orante en todo el proceso. Y un segundo aspecto crucial es que debe estar abierto a la participación de todos, también de los alejados, los marginados, los excluidos, que son sacramento de Cristo (cf. *Mateo* 25,31-46). Por eso el Papa pedía a los fieles de Roma y nos pide a todos nosotros que dejemos las puertas y las ventanas abiertas, sin limitarnos solo a los que acuden o piensan como nosotros.

La sinodalidad no se reduce a la Asamblea del Sínodo de los Obispos, que es una de sus realizaciones concretas, propia de los obispos, pero no la única. Tenemos otras muchas en la Iglesia, por ejemplo, los concilios, los sínodos locales, consejos pastorales y económicos, las asambleas, los capítulos. Todas estas son estructuras sinodales a revisar. Y se pueden mejorar,



suprimir, cambiar. Y también creas otras. Lo importante es que expresen y ayuden al «caminar juntos» propio de la Iglesia y sean mecanismos válidos de corresponsabilidad.

El proceso sinodal ha comenzado desde abajo, no tiene caducidad y debe responder una pregunta básica: ¿Cómo estamos «caminando juntos» en mi familia, en mi grupo, en mi parroquia, en mi diócesis, en mi congregación, en la Iglesia? Sobre todo en lo que se refiere a comunión, participación y misión. Dejémosnos guiar por el Espíritu con la confianza que brota de la humildad y la disponibilidad, superando los miedos y preparándonos para las sorpresas de Dios. Estamos en un tiempo de renovación y esperanza que nos abre, sin duda, a la verdadera alegría.